

La teoría de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) forma parte de la tradición del pensamiento político que lo precedió, pero considera a la sociedad correctamente fundada como una entidad que vale por sí misma, al compartir un proyecto común, en existencia independiente del interés de los integrantes. En efecto, la sociedad no es un conjunto anárquico de individuos unidos por el miedo y el egoísmo, sino una asociación que trasciende por encima de sus componentes. De ahí Rousseau extrae la fuerza de su concepción, que tiende a la igualdad, y es fundada en los sentimientos del hombre común y sencillo.

Rousseau ejerce hoy su autoridad como clásico del pensamiento político. Las discusiones sobre el "nuevo contrato" y los problemas de representatividad en el sistema democrático, los alcances del ecologismo, las cuestiones presentes en la relación del individuo con la sociedad y la necesidad de actualizar la utopía de la fraternidad entre los hombres encuentran en su obra un inevitable referente.

Este volumen acerca al lector dos importantes discursos roussonianos que prefiguran *El contrato social* (publicado en 1761): *Sobre las ciencias y las artes* (1750) y *Sobre el origen de la desigualdad entre los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755).

LOSADA

978-950-03-9545-8



9 789500 395458



Jean-Jacques  
**Rousseau**  
**El contrato social**  
**Discursos**

LOSADA

lo de las herencias, de los cargos de los ciudadanos, del Estado mismo, que no podría subsistir, componiéndose tan solo de bastardos? Pero, se dirá, se clamará contra este abuso, se aplazará, se decretará, se les quitará lo temporal. ¡Qué pena! El clero, por poco que tenga, no digo de coraje, sino de buen sentido, dejará hacer y seguirá su camino; dejará tranquilamente apelar, postergar, decretar, embargar y al final seguirá siendo el dueño. No es, me parece, un gran sacrificio abandonar una parte, cuando se está seguro de apoderarse de todo.

<sup>22</sup> “Un historiador relata que, habiendo hecho celebrar el rey ante él una conferencia entre doctores de una y otra Iglesia, y viendo que un ministro estaba de acuerdo en que uno se podía salvar en la religión de los católicos, Su Majestad tomó la palabra y dijo a este ministro: “¡Qué! ¿Estáis de acuerdo en que uno se puede salvar en la religión de estos señores? Al responderle el ministro que él no tenía dudas con tal de que se viviera bien, el rey replicó muy juiciosamente: “La prudencia quiere, entonces, que yo sea de la religión de ellos y no de la vuestra, pues siendo de la suya, me salvo según ellos y según vos, y siendo de la vuestra, me salvo según vos, pero no según ellos. Por tanto la prudencia quiere que yo siga lo más seguro”. Péréfixe, *Histoire d'Henri IV*.

## Discurso

que ha merecido el premio  
de la Academia de Dijon.

En el año 1750.

Sobre esta cuestión propuesta por la misma Academia:  
Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes  
ha contribuido a depurar las costumbres.

Por un ciudadano de Ginebra.

*Barbarus hic ego sum quia non intelligor illis.*

Ovidio

## Prefacio

*He aquí una de las cuestiones más grandes y más hermosas que se hayan discutido alguna vez. No se trata en este discurso de esas sutilezas metafísicas que han invadido por doquier la literatura y de los cuales no siempre están libres los programas académicos, sino que se trata de una de esas verdades que atañen a la felicidad del género humano.*

*Preveo que se me perdonará difícilmente el partido que me he atrevido a adoptar. Al combatir todo lo que hoy despierta la admiración de los hombres, tan sólo puedo esperar un reproche universal; y no por haber sido honrado con la aprobación de algunos sabios, debo descontar la del público: además, mi partido está tomado; no me preocupa complacer a los espíritus cultivados ni a las personas a la moda. En todo tiempo habrá hombres hechos para ser subyugados por las opiniones de su siglo, de su país de su sociedad. Aquél se las da hoy de espíritu fuerte y filósofo cuando, por la misma razón, hubiera sido tan sólo un fanático en tiempos de la Liga. No se debe escribir para tales lectores, si se quiere trascender de la propia época.*

*Una palabra todavía y concluyo. Contando poco con el honor que he recibido había, después del envío, reformado y ampliado este discurso, hasta el punto de convertirlo, de alguna manera,*

en otra obra; hoy me he sentido obligado a restablecerlo tal como fue galardonado. Tan sólo intercalé algunas notas e hice dos adiciones fáciles de reconocer y que la Academia acaso no hubiera aprobado. Pienso que la equidad, el respeto y reconocimiento exigían de mí esta advertencia.

## Discurso

*Decipimur specie recti.*

¿El restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a depurar o a corromper las costumbres? He aquí lo que se debe examinar. ¿Qué partido he de tomar en esta cuestión? El que conviene, señores, a un hombre honesto que nada sabe y que no por ello se estima menos.

Será difícil, lo veo, adecuar al tribunal ante el cual comparezco lo que voy a decir. ¿Cómo atreverse a desaprobar las ciencias ante una de las compañías más sabias de Europa, a elogiar la ignorancia en una célebre Academia y a conciliar el desprecio hacia el estudio con el respeto hacia los verdaderos sabios? He visto estas contradicciones, pero no me han descorazonado. No maltrato la ciencia, me he dicho, defiendiendo la virtud ante los hombres virtuosos.

La probidad es todavía más apreciada por los hombres de bien de lo que lo es la erudición por los doctos. ¿Qué puedo temer, entonces? ¿Las luces de la Asamblea que me escucha? Lo admito, pero es con respecto a la constitu-

ción del discurso y no por el sentir del orador. Los soberanos equitativos no han dudado nunca en condenarse a ellos mismos en discusiones dudosas; y la posición más ventajosa para el buen derecho es tener que defenderse contra una parte íntegra y esclarecida que juzga su propia causa.

A este motivo que me alienta, se agrega otro que me determina: es que después de haber sostenido, según mis luces naturales el partido de la verdad, cualquiera que sea mi éxito, hay un premio que no puede faltarme: el que he de encontrar en el fondo de mi corazón.

## Primera parte

Es un grande y hermoso espectáculo ver al hombre salir en cierto modo de la nada por sus propios esfuerzos; disipar, por las luces de su razón, las tinieblas en las cuales la naturaleza lo había envuelto; elevarse por encima de él mismo; lanzarse por el espíritu hasta las regiones celestiales; recorrer a paso de gigante, tal como el sol, la vasta extensión del universo; y, lo que es todavía más grande y más difícil, volverse hacia sí mismo, para estudiar al hombre y conocer su naturaleza, sus deberes y su fin. Todas esas maravillas han renacido desde hace pocas generaciones.

Europa había vuelto a caer en la barbarie de los primeros tiempos. Los pueblos de esta parte del mundo hoy tan esclarecida vivían, hace algunos siglos, en un estado peor que la ignorancia. Ignoro qué jerga científica, aun más despreciable que la ignorancia, había usurpado el nombre del saber y oponía al retorno de éste un obstáculo casi invencible. Se necesitaba una revolución para reconducir los hombres al sentido común. Ésta llegó final-

mente de donde menos se lo hubiera esperado. Fue el estúpido musulmán, el eterno azote de las letras, quien las hizo renacer entre nosotros. La caída del trono de Constantino llevó a Italia los restos de la antigua Grecia. Francia se enriqueció a su vez con estos preciosos despojos. Pronto, las ciencias siguieron a las letras; al arte de escribir se unió el arte de pensar, gradación que parece extraña y que acaso es tan sólo demasiado natural; y se comenzó a percibir la principal ventaja del comercio de las musas, la de volver a los hombres más sociables inspirándoles el deseo de agradarse unos a otros por obras dignas de su mutua aprobación.

El espíritu, como el cuerpo, tiene sus necesidades. Las del cuerpo determinan los fundamentos de la sociedad, las del espíritu constituyen su adorno. Mientras que el gobierno y las leyes proveen a la seguridad y al bienestar de los hombres reunidos, las ciencias, las letras y las artes, acaso menos despóticas y más poderosas, extienden guirnalda de flores sobre las cadenas de hierro que los hombres cargan, ahogan en ellos el sentimiento de la libertad original para la que parecen haber nacido, los hacen amar su esclavitud y forman lo que se llama pueblos civilizados. La necesidad elevó los tronos, las ciencias y las artes los han afirmado. Potencias de la Tierra, amad los talentos y proteged a quienes los cultivan.<sup>1</sup> Pueblos civilizados, cultivadlos: esclavos dichosos, vosotros les debéis ese gusto delicado y fino del cual os vanagloriáis; esa dulzura de carácter y esa urbanidad de costumbres que vuelven el intercambio entre vosotros tan afable y tan fácil; en una palabra, las apariencias de todas las virtudes sin tener ninguna.

Por esta clase de civilización, tanto más amable cuanto menos aparenta mostrarse, se distinguieron en otro tiempo Atenas y Roma en los días tan celebrados de su magnificencia y de su brillo: por ella, sin duda, nuestro siglo y nuestra nación aventajarán a todos los tiempos y a todos los pueblos. Un tono filosófico sin pedantería, maneras naturales y sin embargo atentas, alejadas por igual de la rusticidad tudesca y de la pantomima ultramontana: he aquí los frutos del gusto adquirido por buenos estudios y perfeccionado en el trato con el mundo.

¡Qué dulce sería vivir entre nosotros, si el continente exterior fuese siempre la imagen de las inclinaciones del corazón; si la decencia fuera la virtud; si nuestras máximas nos sirvieran de reglas; si la verdadera filosofía fuera inseparable del título de filósofo! Pero tantas cualidades van juntas muy raramente y la virtud casi nunca anda con tanta pompa. La riqueza del vestido puede anunciar a un hombre opulento y su elegancia a un hombre de gusto; el hombre sano y robusto se reconoce por otras señales: bajo el hábito rústico de un labrador y no bajo el dorado de un cortesano se encontrará la fuerza y el vigor del cuerpo. El adorno no es menos ajeno a la virtud, que es la fuerza y el vigor del alma. El hombre de bien es un atleta que se complace en combatir desnudo: desprecia todos esos ornamentos viles que estorbarían el empleo de sus fuerzas y que, en su mayor parte, tan sólo fueron inventados para esconder alguna deformidad.

Antes de que el arte hubiera moldeado nuestras maneras y enseñado a nuestras pasiones a hablar un lenguaje afectado, nuestras costumbres eran rústicas, pero natura-

les; y la diferencia de procedimientos anunciaba a primera vista la de los caracteres. La naturaleza humana no era mejor en el fondo, pero los hombres encontraban su seguridad en la facilidad de conocerse recíprocamente y esta ventaja, cuyo precio nosotros ya no sentimos, les ahorra muchos vicios.

Hoy, cuando investigaciones más penetrantes y un gusto más fino han reducido a principios el arte de agradar, reina en nuestras costumbres una uniformidad vil y engañosa; y todos los espíritus parecen haber sido vaciados en un mismo molde: en todo momento la cortesía exige, la conveniencia ordena; en todo momento se siguen los usos, nunca la tendencia propia. Ya no se osa parecer lo que se es; y en esta violencia perpetua, los hombres que forman ese rebaño llamado sociedad, colocados en las mismas circunstancias, harán todas las mismas cosas si motivos más poderosos no los disuaden. Por lo tanto, nunca se sabrá bien con quién se trata; será necesario, entonces, para conocer al amigo, esperar las grandes ocasiones, es decir, esperar a que ya sea tarde, puesto que en esas mismas ocasiones es cuando hubiera sido necesario conocerlo.

¿Qué cortejo de vicios no ha de acompañar esta incertidumbre? No más amistades sinceras, no más confianza fundada. Las sospechas, las desconfianzas, los temores, la frialdad, la reserva, el odio, la traición se esconderán bajo ese velo uniforme y pérfido de cortesía, bajo esa urbanidad tan alabada que debemos a las luces de nuestro siglo. No se profanará más por juramentos el nombre del Señor del universo, pero se lo insultará con blasfemias sin que

nuestros oídos escrupulosos se ofendan. No se elogiará el mérito propio, pero se rebajará el ajeno. No se ultrajará groseramente al enemigo, pero se lo calumniará con destreza. Los odios nacionales se extinguirán, pero también el amor a la patria. A la ignorancia despreciada se la sustituirá por un peligroso pirronismo. Habrá excesos proscriptos, vicios deshonorosos, pero otros serán adornados con el nombre de virtudes; será necesario tenerlas o aparentarlas. Alabe quien lo desee la sobriedad de los sabios del tiempo, por mi parte tan sólo, veo un refinamiento de intemperancia, tan indigna de mi elogio como su artificiosa sencillez.<sup>2</sup>

Tal es la pureza que han adquirido nuestras costumbres. Hemos llegado a ser de ese modo gente de bien. Corresponde a las letras, las ciencias y las artes reivindicar lo que les pertenece en una obra tan saludable. Agregaré tan sólo una reflexión: un habitante de alguna comarca lejana que tratara de formarse una idea de las costumbres europeas a partir de la situación de las ciencias entre nosotros, de la perfección de nuestras artes, del decoro de nuestros espectáculos, de la cortesía de nuestras maneras, de la afabilidad de nuestros discursos, de nuestras demostraciones perpetuas de benevolencia y de ese conjunto tumultuoso de hombres de toda edad y de todo estado que parecen empeñados desde la aurora hasta la puesta del sol en prestarse servicios mutuamente; este extranjero, afirmo, pensaría de nuestras costumbres todo lo contrario de lo que son.

Donde no existe ningún efecto, no hay ninguna causa que buscar; pero aquí el efecto es seguro, la deprava-

ción es real y nuestras almas se han corrompido a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección. ¿Se dirá que es una desgracia propia de nuestra época? No, señores; los males causados por nuestra vana curiosidad son tan viejos como el mundo. La elevación y el descenso diario de las aguas del océano no han estado más regularmente sujetos al curso del astro que nos ilumina durante la noche, de lo que la suerte de las costumbres y de la probidad lo han estado al progreso de las ciencias y de las artes. Se han visto huir a la virtud a medida que la luz de éstas se elevaba sobre nuestro horizonte, y el mismo fenómeno se ha observado en todos los tiempos y en todos los lugares.

Ved a Egipto, esa primera escuela del universo, ese clima tan fértil bajo un cielo de bronce, esa comarca célebre de donde partió en otro tiempo Sesostri para conquistar el mundo. Llega a ser la madre de la filosofía y de las bellas artes y muy poco después se produce la conquista de Cambises, luego la de los griegos, los romanos, los árabes y finalmente los turcos.

Ved a Grecia, antes poblada de héroes que vencieron dos veces a Asia, una delante de Troya y la otra en sus propios hogares. Las letras nacientes no habían llevado todavía la corrupción al corazón de sus habitantes; pero el progreso de las artes, la disolución de las costumbres y el yugo del macedonio se siguieron de cerca; y Grecia, siempre sabia, siempre voluptuosa y siempre esclava, experimentó tan sólo en sus revoluciones cambios de dueños. Toda la elocuencia de Demóstenes no logró reanimar jamás un cuerpo que el lujo y las artes habían enervado.

En tiempos de los Ennio y los Terencio, Roma, fundada por un pastor y vuelta ilustre por labradores, comienza a degenerar. Pero luego de los Ovidio, los Catulo, los Marcial y esa multitud de autores obscenos cuyo solo nombre alarma el pudor, Roma, otrora el templo de la virtud, se vuelve el teatro del crimen, el oprobio de las naciones y el juguete de los bárbaros. Esta capital del mundo cae finalmente bajo el yugo que había impuesto a tantos pueblos, y el día de su caída fue la víspera de aquel en que se dio a uno de sus ciudadanos el título de árbitro del buen gusto.

¿Qué diré de esa metrópoli del Imperio de Oriente—que por su posición parecía deber serlo del mundo entero—, de ese refugio de las ciencias y las artes proscriptas del resto de Europa, quizá más por sabiduría que por barbarie? Todo lo que el desorden y la corrupción tienen de más vergonzoso; las traiciones, los asesinatos y los venenos de más negro; el conjunto de todos los crímenes más atroces he aquí lo que forma la trama de la historia de Constantinopla; he aquí la fuente pura de donde han emanado las luces de que se enorgullece nuestro siglo.

Pero, por qué buscar en tiempos lejanos las pruebas de una verdad cuyos testimonios subsistentes tenemos ante nuestra vista. Existe en Asia una inmensa comarca donde las letras, objeto de honores, conducen a las primeras dignidades del Estado. Si las ciencias purificaran las costumbres, si les enseñaran a los hombres a derramar su sangre por la patria, si despertaran el coraje, los pueblos de China deberían ser sabios, libres e invencibles. Pero si no hay vicio que no los domine, crimen que no los resulte fami-



liar; si ni las luces de los ministros, ni la pretendida sabiduría de las leyes, ni la multitud de los habitantes de ese vasto imperio han podido defenderlo del yugo del tártaro ignorante y grosero, ¿de qué le han servido todos sus sabios? ¿Qué fruto ha obtenido de los honores con que los ha colmado? ¿Acaso el de estar poblado por esclavos y malvados? Opongamos a estos cuadros el de las costumbres del pequeño número de pueblos que, preservados de este contagio de conocimientos vanos han logrado por sus virtudes su propia felicidad y han sido el ejemplo de las demás naciones. Tales fueron los primeros persas, nación singular en la cual se enseñaba la virtud como entre nosotros se enseña la ciencia; que subyugó a Asia con tanta facilidad y que ella sola ha tenido la gloria de que la historia de sus instituciones haya pasado por una novela de filosofía. Tales fueron los escitas, de los que nos han llegado tan magníficos elogios. Tales los germanos, de los cuales una pluma cansada de describir los crímenes y las negruras de un pueblo instruido opulento y voluptuoso, se complacía pintando la sencillez, la inocencia y las virtudes. Tal había sido Roma aun en los tiempos de su pobreza y su ignorancia. Tal, por último, se ha mostrado hasta nuestros días esa nación rústica tan alabada por su coraje que la adversidad no ha podido abatir y por su fidelidad que el ejemplo no ha podido corromper.<sup>3</sup>

No por estupidez han preferido estos pueblos otros ejercicios a los del espíritu. No ignoraban que en otras comarcas, hombres ociosos se pasaban la vida discutiendo sobre el soberano bien, sobre el vicio y la virtud y que orgullosos razonadores, prodigándose ellos mismos los ma-

yores elogios, confundían a los demás pueblos bajo el nombre despreciativo de bárbaros; pero han considerado sus costumbres y aprendido a desdeñar su doctrina.<sup>4</sup>

¿He de olvidar que fue en el seno mismo de Grecia donde se vio levantar esa ciudad tan célebre por su dichosa ignorancia como por la sabiduría de sus leyes, esa república de semidioses más que de hombres, tan superiores parecían sus virtudes a la humanidad? ¡Oh, Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! Mientras que los vicios traídos por las bellas artes se introducían juntos en Atenas, mientras que un tirano reunía allí con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú arrojabas de tus muros a las artes y a los artistas, a las ciencias y a los sabios.

El desenlace marcó estas diferencias. Atenas se transformó en la morada de la cortesía y del buen gusto, en el país de los oradores y de los filósofos. La elegancia de los edificios respondía allí a la del lenguaje. Por todas partes, se veían el mármol y las telas animados por la mano de los maestros más hábiles. De Atenas salieron esas obras sorprendentes que han de servir de modelo en todas las épocas corrompidas. El cuadro de Lacedemonia es menos brillante. *Allá*, decían los otros pueblos, *los hombres nacen virtuosos y el aire mismo del país parece inspirar la virtud*. De sus habitantes tan sólo nos queda el recuerdo de sus acciones heroicas ¿Esos monumentos valdrán menos para nosotros que los mármoles curiosos dejados por Atenas?

Algunos sabios, es cierto, han resistido al torrente general y se han protegido del vicio en la morada de las musas. Pero, escuchemos el juicio que el primero y más des-

graciado de ellos tenía de los sabios y de los artistas de su tiempo.

“He examinado –dice– a los poetas y los considero personas cuyo talento se impone a ellos mismos y a los demás, que se las dan de sabios, a quienes se los toma por tales y que no lo son para nada.

”De los poetas –continúa Sócrates– he pasado a los artistas. Nadie desconocía las artes más que yo, nadie estaba más convencido de que los artistas poseen muy hermosos secretos. Sin embargo, he comprendido que su condición no es mejor que la de los poetas y que viven, unos y otros, en el mismo prejuicio. Porque los más hábiles entre ellos sobresalen en su especialidad y se consideran los más sabios de los hombres. Esa presunción ha empañado totalmente su saber a mis ojos: de modo que, colocándome en el lugar del Oráculo y preguntándome si preferiría ser lo que soy yo o lo que son ellos, saber lo que ellos han aprendido o saber que no sé nada, me he respondido a mí mismo y al dios: quiero quedar lo que soy.

”Nosotros no sabemos, ni los sofistas, ni los poetas, ni los oradores, ni los artistas, ni yo, qué es lo verdadero, lo bueno y lo bello. Pero hay entre nosotros esta diferencia: que, pese a que esas personas no saben nada todas creen saber algo, mientras que yo, si no sé nada, por lo menos estoy seguro de ello. De modo que toda esta superioridad de sabiduría que me concede el Oráculo, se reduce tan sólo a estar bien convencido de que ignoro lo que no sé.”

¡He aquí pues a Sócrates, el más sabio de los hombres a juicio de los dioses y el más sabio de los atenienses según el sentir de toda Grecia, haciendo el elogio de la ig-

norancia! ¿Creeis que si resucitara ahora nuestros sabios y nuestros artistas lo harían cambiar de opinión? No, señores, este hombre justo seguiría despreciando nuestras vanas ciencias, no ayudaría a engrosar esa multitud de libros con que se nos inunda por todas partes, y tan sólo dejaría –tal como lo ha hecho– por todo precepto a sus discípulos y a la posteridad el ejemplo y el recuerdo de su virtud. ¡De ese modo es hermoso instruir a los hombres!

Sócrates había comenzado en Atenas y el viejo Catón continuó en Roma el ataque a esos griegos artificiosos y sutiles que corrompían la virtud y debilitaban el valor de sus conciudadanos. Pero las ciencias, las artes y la dialéctica vencieron, Roma se llenó de filósofos y de oradores; se descuidó la disciplina militar, se despreció la agricultura, se adoptaron sectas y se olvidó a la patria. A los nombres sagrados de libertad, desinterés, obediencia a las leyes, sucedieron los nombres de Epicúreo, de Zenón, de Arcesilao. *Desde que los sabios han comenzado a aparecer entre nosotros*, decían sus propios filósofos, *la gente de bien se ha eclipsado*. Hasta entonces, los romanos se habían contentado con practicar la virtud; todo se perdió cuando comenzaron a estudiarla.

Oh, Fabricio ¿qué hubiera pensado tu gran alma, si para tu desgracia fueras vuelto a la vida, y hubieses visto la cara pomposa de esta Roma salvada por tu brazo y a la que tu nombre respetable había dado más lustre que todas sus conquistas? “Dioses, hubieses dicho, qué ha sido de esos techos de paja y esos hogares rústicos que en otro tiempo habitaban la moderación y la virtud? ¿Qué esplendor funesto ha sucedido a la sencillez romana? ¡Qué

es esta lengua extraña? ¿Qué son esas costumbres afeminadas? ¿Qué significan esas estatuas, esos cuadros, esos edificios? Insensatos ¿qué habéis hecho? Vosotros, los dueños de las naciones ¿os habéis vuelto los esclavos de los hombres frívolos a quienes habéis vencido? ¿Os gobiernan retóricos? ¿Para enriquecer a arquitectos, pintores, escultores o histriones, habéis vertido vuestra sangre en Grecia y Asia? ¿Los despojos de Cartago son la presa de un flautista? Romanos, apuraos a demoler esos anfiteatros, romped esos mármoles, quemad esos cuadros, perseguid a esos esclavos que os dominan y cuyas funestas artes os corrompen. Que otras manos se ilustren con vanos talentos; el único talento de Roma es el de conquistar el mundo y hacer reinar allí la virtud. Cuando Cineas tomó nuestro Senado por una asamblea de reyes no fue deslumbrado por una pompa vana ni por una elegancia rebuscada. No escuchó allí esa elocuencia frívola que constituye el estudio y el encanto de los hombres fútiles. ¿Qué vio, entonces, Cineas de majestuoso? ¡Oh, Ciudadanos! Vio un espectáculo que nunca ofrecerán vuestras riquezas ni todas vuestras artes; el más hermoso espectáculo que haya aparecido jamás bajo el cielo, la asamblea de doscientos hombres virtuosos, dignos de mandar a Roma y de gobernar la tierra.”

Pero franqueemos la distancia de los lugares y los tiempos y veamos qué ha sucedido en nuestras comarcas y ante nuestros ojos; o más bien, apartemos pinturas odiosas que herirían nuestra delicadeza y ahorrémonos el trabajo de repetir las mismas cosas bajo otros nombres. No en vano evoqué los manes de Fabricio; y ¿qué le hice

decir a este gran hombre que no hubiera podido poner en boca de Luis XII o de Enrique IV? Es cierto que, entre nosotros, Sócrates no hubiera bebido la cicuta, pero hubiera bebido en una copa aún más amarga, la burla insultante y el desprecio cien veces peor que la muerte.

He aquí cómo el lujo, la disolución y la esclavitud han sido en todo tiempo el castigo de los esfuerzos orgullosos que hemos hecho para salir de la feliz ignorancia donde nos había colocado la sabiduría eterna. El espeso velo con que ella ha cubierto todas sus operaciones parece advertirnos suficientemente que no nos ha destinado a investigaciones vanas. Pero, ¿hay alguna de sus lecciones de las que hayamos sabido aprovechar, que no hayamos descuidado impunemente? Pueblos, sabed por lo tanto definitivamente que la naturaleza os ha querido proteger de la ciencia, como una madre arranca un arma peligrosa de las manos de su hijo; que todos los secretos que os oculta son otros tantos males de los que ella os libra; y que el esfuerzo que hacéis para instruiros no es el menor de esos beneficios. Los hombres son perversos; serían todavía peores si hubieran tenido la desgracia de nacer sabios.

¡Qué humillantes son estas reflexiones para la humanidad! ¡Qué mortificado debe estar nuestro orgullo! ¡Cómo! ¿La probidad sería hija de la ignorancia? ¿Serían incompatibles la ciencia y la virtud? ¿Qué consecuencias se sacarían de esos prejuicios? Pero, para conciliar esas contradicciones aparentes basta examinar de cerca la vanidad y la insignificancia de esos títulos orgullosos que nos deslumbran y que otorgamos tan gratuitamente a los conocimientos humanos. Consideremos, entonces, las ciencias y

las artes en ellas mismas. Veamos lo que debe resultar de su progreso; y no titubeemos en reconocer todos los puntos en que nuestros razonamientos se hallen de acuerdo con las inducciones históricas.

## Notas

<sup>1</sup> Los príncipes ven siempre con placer extenderse entre sus súbditos el gusto por las artes agradables y los lujos del que no resulta la exportación de dinero. Pues además de alimentarlos así en esta pequeñez de alma tan propia de la servidumbre, saben muy bien que todas las necesidades que el pueblo se permite son otras tantas cadenas con las que se carga. Alejandro, queriendo mantener a los ictiófagos bajo su dominio, los obligó a renunciar a la pesca y a alimentarse de los mismos elementos que los demás pueblos; y los salvajes de América que van completamente desnudos y que viven tan sólo del producto de la caza, nunca han podido ser dominados. En efecto, ¿qué yugo se podría imponer a hombres que no tienen necesidad de nada?

<sup>2</sup> *Me gusta, dice Montaigne, discutir y discurrir pero con pocos hombres y para mí. Pues encuentro que servir de espectáculo a los grandes y hacer alarde a porfía de talento y de cháchara, es un oficio que no se aviene a un hombre de honor. Es el de nuestros espíritus cultivados salvo uno.*

<sup>3</sup> No me atrevo a hablar de las naciones dichosas que no conocen ni siquiera de nombre los vicios que a nosotros nos cuesta tanto reprimir, de esos salvajes de América, cuya política sencilla y natural, Montaigne no titubea en preferir, no solamente a las leyes de Platón, sino a todo lo que la filosofía pueda imaginar como más perfecto para el gobierno de los pueblos. Cita muchos ejemplos notables para quien los sepa admirar. Pero dice, ¡hete aquí que esos hombres no llevan calzas!

<sup>4</sup> Dígame sinceramente ¿qué opinión debían de tener los mismos atenienses de la elocuencia, cuando la apartaron con tanto cuidado de ese tribunal íntegro de los juicios del cual los mismos dioses no apelaban? ¿Qué pensaban los romanos de la medicina cuando la desterraron de su república? Y cuando un resto de humanidad llevó a los españoles a prohibir a sus hombres de ley la entrada a América, ¿qué idea debían de tener de la jurisprudencia? ¿No se diría que creyeron reparar por este único acto todos los males que les habían hecho a esos desgraciados indios?

## Segunda parte

Según una antigua tradición que de Egipto pasó a Grecia, un dios enemigo del reposo de los hombres fue el inventor de las ciencias.<sup>1</sup> ¿Qué opinión debían tener de ellas los mismos egipcios, entre los cuales habían nacido? Es que ellos veían de cerca las fuentes que las habían producido. En efecto, si se hojean los anales del mundo, si se suplen crónicas inseguras por investigaciones filosóficas, no se les encontrará a los conocimientos humanos un origen que responda a la idea que uno se complace en formar. La astronomía nació de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física, de una vana curiosidad; todas, la moral misma, del orgullo humano. Las ciencias y las artes deben, pues, su nacimiento a nuestros vicios; tendríamos menos dudas sobre sus ventajas si las debieran a nuestras virtudes.

El defecto de su origen resalta demasiado en sus objetos. ¿Qué haríamos de las artes, sin el lujo que las nutre? ¿Sin las injusticias de los hombres, para qué serviría la ju-

risprudencia? ¿Qué llegaría a ser la historia si no hubiera tiranos, ni guerras, ni conspiradores? En una palabra ¿quién querría pasar su vida en estériles contemplaciones, si cada uno consultando sólo los deberes del hombre y las necesidades de la naturaleza, no tuviera tiempo más que para la patria, para los desdichados y para sus amigos? ¿Estamos, pues, hechos para morir asomados a los bordes del pozo adonde se retiró la verdad? Esta sola reflexión debería disuadir desde los primeros pasos a todo hombre que buscara seriamente instruirse por el estudio de la filosofía.

¡Cuántos peligros! ¡Cuántas falsas sendas en la investigación de las ciencias! ¿Por cuántos errores, mil veces más peligrosos de lo que es útil la verdad, hay que pasar para llegar a ésta? La desventaja es visible pues lo falso admite una infinidad de combinaciones, pero la verdad tiene sólo una manera de ser. ¿Quién por otra parte, la busca sinceramente? Incluso con la mejor voluntad, ¿en qué señales se está seguro de reconocerla? En esta multitud de sentimientos diferentes, ¿cuál será nuestro *Criterium* para juzgarla? Y, lo que es más difícil, si por fortuna la encontramos finalmente, ¿quién de nosotros sabrá utilizarla bien?

Si nuestras ciencias son vanas por el objeto que se proponen, son todavía más peligrosas por los efectos que producen. Nacidas en la ociosidad, la alimentan a su vez, y la pérdida irreparable del tiempo es el primer perjuicio que provocan necesariamente a la sociedad. En política, como en moral, es un gran mal no hacer el bien, y todo ciudadano inútil puede ser considerado un hombre pernicioso. Respondedme, pues, filósofos ilustres; vosotros por quienes sabemos las razones con que los cuerpos se atraen

en el vacío; cuáles son, en las revoluciones de los planetas, las relaciones de las áreas recorridas en tiempos iguales; qué curvas tienen puntos conjugados, puntos de inflexión y de retrocesos; cómo el hombre lo ve todo en Dios; cómo el alma y el cuerpo se corresponden sin comunicación tal como lo harían dos relojes; qué astros pueden estar habitados; qué insectos se reproducen de una manera extraordinaria. Respondedme, digo, vosotros de quienes hemos recibido tantos conocimientos sublimes, ¿si nunca nos hubiérais enseñado esas cosas, seríamos menos numerosos, estaríamos peor gobernados, resultaríamos menos terribles, menos florecientes o más perversos? Repensad, por lo tanto, en la importancia de nuestras producciones; y si los trabajos de los más esclarecidos de nuestros sabios y de nuestros mejores ciudadanos nos procuran tan poca utilidad, decidnos qué debemos pensar de esa multitud de escritores oscuros y de letrados ociosos, que devoran a pura pérdida la sustancia del Estado.

¿Qué digo: ociosos? ¡Quisiera Dios que en efecto lo fueran! Las costumbres serían más sanas y la sociedad más apacible. Pero esos vanos y fútiles declamadores van por todos lados, armados de sus funestas paradojas, socavando los fundamentos de la fe y aniquilando la virtud. Sonríen desdeñosamente ante las viejas palabras patria y religión y consagran sus talentos y su filosofía a destruir y envilecer todo lo que hay de sagrado entre los hombres. No es que en el fondo odien la virtud ni los dogmas; son enemigos de la opinión pública y para volverlos a llevar al pie de los altares, bastaría relegarlos entre los ateos. ¡Oh, furor de distinguirse, cuán grande es tu poder!

Es un gran mal el abuso del tiempo. Otros males todavía peores suceden a las letras y las artes. Tal es el lujo, nacido como ellas de la ociosidad y la vanidad de los hombres. Rara vez el lujo deja de acompañar a las ciencias y las artes y éstas no marchan nunca sin él. Sé que nuestra filosofía, siempre pródiga en máximas singulares, pretende, contra la experiencia de todos los siglos, que el lujo determina el esplendor de los Estados; pero después de haber olvidado la necesidad de las leyes suntuarias ¿se atreverá a negar todavía que las buenas costumbres son esenciales para la duración de los imperios, y que el lujo es diametralmente opuesto a las buenas costumbres? Admitamos que el lujo sea un signo seguro de las riquezas; que incluso sirva el que se la quiera multiplicar, pero ¿qué habrá que concluir de esta paradoja tan digna de haber nacido en nuestros días?; y ¿qué llegará a ser la virtud cuando sea necesario enriquecerse a cualquier precio? Los antiguos políticos hablaban sin cesar de costumbres y de virtud; los nuestros hablan tan sólo de comercio y de dinero. Uno os dirá que un hombre vale en tal comarca, la suma en la cual se lo vendería en Argelia; otro siguiendo ese cálculo encontrará países donde un hombre no vale nada y otros donde vale menos que nada. Evalúan a los hombres como a rebaños de animales. Según ellos, un hombre tan sólo vale para el Estado el consumo que hace. Así un sibarita habría valido treinta lacedemonios. Que se adivine cuál de esas dos repúblicas (Esparta o Síbaris) fue sojuzgada por un puñado de aldeanos y cuál hizo temblar a Asia.

La monarquía de Ciro fue conquistada con treinta mil hombres por un príncipe más pobre que el menor de los

sátrapas de Persia; y los escitas, el más miserable de todos los pueblos, resistió a los monarcas más poderosos del universo. Dos famosas repúblicas se disputaron el imperio del mundo; una era muy rica, la otra no tenía nada y fue ésta quien destruyó a la primera. El Imperio romano a su vez, después de haber devorado todas las riquezas del universo, fue presa de gente que ni siquiera sabía lo que era la riqueza. Los francos conquistaron las Galias, los sajones, Inglaterra sin más tesoros que su valor y su pobreza. Un ejército de pobres montañeses cuya única avidez se limitaba a algunas pieles de carnero, después de haber domado el orgullo austríaco, derribó a esa opulenta y temible casa de Borgoña que hacía temblar a los potentados de Europa. Por último, todo el poder y toda la sabiduría del heredero de Carlos V, sostenidos por todos los tesoros de las Indias, se destrozaron contra un puñado de pescadores de arenques. Dígnense nuestros políticos suspender sus cálculos para reflexionar en estos ejemplos y aprendan definitivamente que con el dinero se tiene todo, excepto las costumbres y los ciudadanos.

¿De qué se trata pues precisamente en esta cuestión del lujo? De saber si importa más a los imperios ser brillantes y efímeros, o virtuosos y duraderos. Digo brillantes pero ¿con qué brillo? El gusto del fasto casi no se asocia en las mismas almas al de la honradez. No, no es posible que espíritus degradados por una multitud de cuidados fútiles se eleven alguna vez a algo grande; pues si tuvieran la fuerza para hacerlo, les faltaría el valor.

Todo artista quiere ser aplaudido. Los elogios de sus contemporáneos son la parte más valiosa de su recom-

pensa. ¿Qué hará, pues, para obtenerlos si tiene la desgracia de haber nacido en un pueblo y en tiempos en que los sabios a la moda han puesto a una juventud frívola en estado de dar el tono; donde los hombres han sacrificado su gusto a los tiranos de su libertad;<sup>3</sup> donde uno de los sexos, no atreviéndose a aprobar más que lo que guarda proporción con la pusilanimidad del otro, desdeña obras maestras de poesía dramática y rechaza prodigios de armonía? ¿Qué hará, señores? Rebajará su genio al nivel de su siglo y preferirá componer obras comunes que sean admiradas durante su vida, antes que maravillas a las que sólo se admiraría mucho tiempo después de su muerte. Decidnos, célebre Aroüet, cuántas bellezas viriles y fuertes habéis sacrificado a nuestra falsa delicadeza; y cuántas grandes cosas os ha costado el espíritu de galantería, tan fértil en pequeñeces.

De ese modo, la disolución de las costumbres, consecuencia necesaria del lujo, acarrea a su vez la corrupción del gusto. Y si por casualidad entre los hombres extraordinarios por sus talentos, se encuentra alguien que tenga firmeza de alma y que se niega a adecuarse al genio de su siglo y a envilecerse por producciones pueriles ¡pobre de él! Morirá en la indigencia y el olvido. Que no es éste un pronóstico que hago, sino una experiencia que relato. Carle, Pierre: ha llegado el momento en que ese pincel destinado a aumentar la majestad de nuestros templos por imágenes sublimes y santas, caerá de vuestras manos, o se prostituirá para adornar con tinturas lascivas los paneles de un *vis-à-vis*. Y tú, rival de los Praxiteles y de los Fidias; tú cuyo cincel hubieran empleado los antiguos para hacer

dioses capaces de disculpar a nuestros ojos su idolatría; inimitable Pigal, tu mano se decidirá a pulir el vientre de una figurita rechoncha, o deberá permanecer ociosa.

Es imposible reflexionar sobre las costumbres sin complacerse en recordar la imagen de la sencillez de los tiempos primitivos. Es una hermosa orilla, adornada tan sólo por las manos de la naturaleza, hacia la cual se vuelven sin cesar los ojos y de donde uno lamenta relajarse. Cuando los hombres inocentes y virtuosos gustaban de tener a los dioses por testigos de sus acciones, habitaban juntos en las mismas cabañas; pero no bien se volvieron malos, se cansaron de esos incómodos espectadores y los relegaron a templos magníficos. Los echaron finalmente para establecerse ellos mismos o, por lo menos, los templos de los dioses no se distinguieron ya de las casas de los ciudadanos. Fue entonces el colmo de la depravación y los vicios nunca fueron llevados tan lejos como cuando se los vio, por así decirlo, sostenidos a la entrada de los palacios de los grandes sobre columnas de mármol y grabados sobre capiteles corintios.

A la par que las comodidades de la vida se multiplican, las artes se perfeccionan y el lujo se extiende, el verdadero valor se enerva, las virtudes militares desaparecen y esto es también obra de las ciencias y de todas esas artes que se ejercen en la sombra del gabinete. Cuando los godos devastaron Grecia, las bibliotecas fueron salvadas del fuego por la opinión sembrada por uno de ellos: que había que dejar a los enemigos muebles tan aptos para alejarlos del ejercicio militar y entretenerlos en ocupaciones ociosas y sedentarias. Carlos VIII se encontró dueño

de Toscana y del Reino de Nápoles sin casi sacar la espada; y toda su corte atribuía esta facilidad inesperada a que los príncipes y la nobleza de Italia se entretenían en volverse ingeniosos y sabios más de lo que se esforzaban en llegar a ser vigorosos y guerreros. En efecto, dice el hombre de buen sentido que recoge estos dos rasgos, todos los ejemplos nos enseñan que en esta marcial civilización y en todas las que se le asemejan, el estudio de las ciencias es más propio para enervar y afeminar el valor que para afirmarlo y animarlo.

Los romanos han admitido que la virtud militar se había extinguido entre ellos, a medida que comenzaron a ser reconocidos en cuadros, en grabados y en vasos de orfebrería y a cultivar las bellas artes. Y, como si esta comarca famosa estuviera destinada a servir sin cesar de ejemplo a los demás pueblos, la elevación de los Medicis y el restablecimiento de las letras han destruido de nuevo y quizá para siempre esa reputación guerrera que Italia parecía haber recuperado hace algunos siglos.

Las antiguas repúblicas de Grecia, con esa sabiduría que brillaba en la mayor parte de sus instituciones, habían prohibido a sus ciudadanos todos esos oficios tranquilos y sedentarios que, abatiendo y corrompiendo el cuerpo, enervan al mismo tiempo el vigor del alma. Cómo es posible creer, en efecto, que puedan enfrentar el hambre, la sed, las fatigas, los peligros y la muerte, hombres a quienes la menor necesidad abrumba y el menor esfuerzo desanima. ¿Con qué valor soportarán los soldados trabajos excesivos a los que no están en modo alguno habituados? ¿Con qué ardor harán marchas forzadas bajo el mando de

oficiales que no tienen siquiera la fuerza de andar a caballo? Que no se me objete el valor renombrado de todos esos modernos guerreros tan sabiamente disciplinados. Se me elogia su bravura en un día de batalla, pero no se me dice cómo soportan el exceso de trabajo, cómo resisten el rigor de las estaciones y las destemplanzas del tiempo. Basta un poco de sol o de nieve, basta la falta de algunos lujos para abatir y destruir en pocos días el mejor de nuestro ejércitos. Guerreros intrépidos, soportad por una vez la verdad que tan raramente oís; sois valientes, lo sé; hubiérais triunfado con Aníbal en Cannas y en Trasimeno, con vosotros César hubiera cruzado el Rubicón y dominado su país; pero no es con vosotros con quienes el primero hubiera atravesado los Alpes y el otro hubiera vencido a vuestros abuelos.

Los combates no siempre determinan el éxito de la guerra y para los generales hay un arte superior al de ganar batallas. Corre al fuego con intrepidez, alguien que sigue siendo un mal oficial; en el mismo soldado, un poco más de fuerza y vigor acaso sería más necesario que tanta bravura que no lo protege de la muerte. ¿Y qué importa al Estado que sus tropas perezcan por la fiebre y el frío, o por el hierro del enemigo?

Si el cultivo de las ciencias es dañino para las cualidades guerreras, lo es todavía más para las cualidades morales. Desde los primeros años, una educación insensata adorna nuestro espíritu y corrompe nuestro juicio. Veo por todas partes establecimientos inmensos donde se educa con grandes gastos a la juventud, enseñándole todo, salvo sus deberes. Vuestros hijos ignorarán su propia len-



gua, pero hablarán otras que no se emplean en ninguna parte; sabrán componer versos que a duras penas podrán comprender; sin saber separar el error de la verdad, poseerán el arte de volverlos irreconocibles a los demás por argumentos engañosos pero ignorarán qué significan los términos magnanimidad, equidad, temperancia, humanidad, valor; el dulce nombre de patria nunca llegará a sus oídos, y si oyen hablar de Dios, será menos para respetarlo que para temerlo.<sup>4</sup> Me gustaría, decía un sabio, que mi estudiante hubiera pasado el tiempo en un juego de pelota, porque al menos su cuerpo estaría más preparado. Ya sé que es preciso ocupar a los niños y que el ocio es para ellos el peligro más temible. ¿Qué deben aprender, entonces? ¡He aquí, por cierto, una buena pregunta! Que aprendan lo que deben hacer cuando sean hombres,<sup>5</sup> y no lo que deben olvidar.

Nuestros jardines están adornados de estatuas y nuestras galerías, de cuadros. ¿Qué creeríais vosotros que representan esas obras de arte expuestas a la admiración pública? ¿A los defensores de la patria o a esos hombres todavía más grandes que la han enriquecido por sus virtudes? No. Son imágenes de todos los extravíos del corazón y de la razón, sacados cuidadosamente de la antigua mitología y presentados desde temprano a la curiosidad de nuestros niños, para que tengan ante sus ojos modelos de malas acciones, incluso antes de saber leer.

¿De dónde nacen todos esos abusos si no es de la desigualdad funesta introducida entre los hombres por la distinción de los talentos y por el envilecimiento de las virtudes? He aquí el efecto más evidente de todos nues-

tros estudios y la más peligrosa de todas sus consecuencias. Ya no se pregunta de un hombre si tiene probidad, sino si tiene talento; ni de un libro si es útil, sino si está bien escrito. Las recompensas se prodigan al espíritu cultivado y la virtud no recibe honores. Hay mil premios para los hermosos discursos, pero ninguno para las bellas acciones. Que se me diga, sin embargo, si la gloria asociada al mejor de los discursos que esta Academia corone, es comparable al mérito de haber creado el premio.

El sabio no corre detrás de la fortuna, pero no es insensible a la gloria; y cuando la ve tan mal distribuida, su virtud, que un poco de emulación hubiera animado y vuelto ventajosa para la sociedad, languidece y se extingue en la miseria y el olvido. He aquí lo que a la larga debe producir por todas partes la preferencia de los talentos agradables sobre los talentos útiles, y lo que la experiencia ha confirmado demasiado después de la renovación de las ciencias y las artes. Tenemos físicos, geómetras, químicos, astrónomos, poetas, músicos, pintores; pero ya no tenemos ciudadanos. O si todavía nos quedan, perecen indigentes y despreciados, dispersos en nuestros campos abandonados. Tal es el estado al que han quedado reducidos, tales son los sentimientos que obtienen de nosotros quienes nos dan el pan y los que dan leche a nuestros hijos.

Admito, sin embargo, que el mal no es tan grande como hubiera podido llegar a ser. La providencia eterna, colocando junto a diversas plantas nocivas elementos saludables, y en la sustancia de varios animales dañinos el remedio a sus heridas, ha enseñado, a los soberanos que son sus ministros a imitar su sabiduría. Siguiendo su ejemplo,

del seno mismo de las ciencias y de las artes, fuentes de mil desarreglos, ese gran monarca cuya gloria adquirirá de época en época nuevo brillo, sacó esas sociedades célebres encargadas a la vez del peligroso depósito de los conocimientos humanos, y del depósito sagrado de las costumbres, por el cuidado que dispensan para mantener en ellas toda la pureza y exigirla en los miembros a los que reciben.

Estas sabias instituciones afianzadas por su augusto sucesor, e imitadas por todos los reyes de Europa, servirán por lo menos de freno a los hombres de letras, quienes aspirando todos al honor de ser admitidos en las Academias, velaran por ellos mismos y tratarán de volverse dignos de tal honor por obras útiles y costumbres irreprochables. Aquellas de estas compañías, que para los premios con que honran el mérito literario, hagan una selección de temas apropiados para reanimar el amor a la virtud en los corazones de los ciudadanos, mostrarán que este amor reina en ellas y darán a los pueblos ese placer tan raro y tan dulce de ver sociedades sabias dedicarse a verter sobre el género humano, no sólo luces agradables, sino también instrucciones saludables.

Que no se me oponga, pues, una objeción que para mí es tan sólo una nueva prueba. Tantos cuidados demuestran demasiado la necesidad de tomarlos, y no se buscan remedios a males que no existen. ¿Por qué es preciso que éstos ofrezcan todavía por su insuficiencia el carácter de los remedios ordinarios? Tantos establecimientos hechos en ventaja de los sabios son tan sólo más capaces de imponerse sobre los objetos de las ciencias y de

dirigir los espíritus a su cultivo. Por las precauciones que se toman, parece que hubiera demasiados labradores y que se teme que falten filósofos. No quiero arriesgar acá una comparación entre la agricultura y la filosofía pues no se la soportaría. Tan sólo preguntaré qué es la filosofía, ¿Qué contienen los escritos de los filósofos más conocidos? ¿Cuáles son las lecciones de estos amigos de la sabiduría? Escuchándolos ¿acaso no se los tomaría por un conjunto de charlatanes, cada uno de los cuales gritara por su lado en una plaza pública: Venid a mí, pues sólo yo no engaño? Uno pretende que no hay cuerpo y que todo es representación. El otro que no hay más sustancia que la materia, ni más Dios que el mundo. Éste afirma que no hay virtudes ni vicios y que el bien y el mal moral son quimeras. Aquél que los hombres son lobos y pueden devorarse con tranquilidad de conciencia. ¡Oh, grandes filósofos! ¿Por qué no reserváis para vuestros amigos y vuestros hijos estas provechosas lecciones? Pronto recibiríais el premio, y no temeríamos encontrar entre los nuestros a alguno de vuestros secuaces.

¡He aquí pues los hombres maravillosos a quienes se ha prodigado la estima de sus contemporáneos durante su vida, y reservado la inmortalidad después de su muerte! He aquí las sabias máximas que hemos recibido de ellos y que transmitiremos de generación en generación a nuestro descendientes. El paganismo entregado a todos los excesos de la razón humana ¿ha dejado a la posteridad algo que pueda compararse a los monumentos vergonzosos que ha preparado la imprenta, bajo el reinado del Evangelio? Los escritos impíos de los Leucipo y de los Diago-

ras han muerto con ellos. No se había inventado todavía el arte de eternizar las extravagancias del espíritu humano. Pero, gracias a los caracteres tipográficos<sup>6</sup> y al uso que hacemos de ellos, las peligrosas ensoñaciones de los Hobbes y de los Spinoza quedarán para siempre. Id, escritos célebres de los que la ignorancia y la rusticidad de nuestros padres no hubieran sido capaces; acompañad entre nuestros descendientes esas obras todavía más peligrosas donde se exhala la corrupción de las costumbres de nuestro siglo, y llevad juntos a los siglos por venir la historia fiel del progreso y de las ventajas de nuestras ciencias y de nuestras artes. Si os leen, no los dejaréis ninguna duda sobre la cuestión que planteamos hoy; y a menos que sean más insensatos que nosotros, levantarán sus manos al cielo y dirán con la amargura de su corazón: "Dios todopoderoso, tú que tienes en tus manos los espíritus, líbranos de las luces y de las artes funestas de nuestros padres, y devuélvenos la ignorancia, la inocencia y la pobreza, los únicos bienes que pueden hacer nuestra felicidad y que son preciosos ante ti".

Pero si el progreso de las ciencias y de las artes no ha agregado nada a nuestra verdadera felicidad, si ha corrompido nuestras costumbres y si la corrupción de las costumbres ha atentado contra la pureza del gusto, ¿qué hemos de pensar de esta multitud de autores elementales que han apartado del templo de las musas las dificultades que impedían su abordaje y que la naturaleza había derramado allí como una prueba para las fuerzas de quienes se sintieran tentados de saber? ¿Qué pensaremos de esos compiladores de obras que han forzado indiscretamente la puerta

de las ciencias e introducido en su santuario un populacho indigno de acercarse; mientras habría sido de desear que todos aquellos que no podían avanzar mucho en la carrera de las letras, hubieran sido disuadidos desde la entrada y se hubieran entregado a artes útiles a la sociedad? Alguien que será toda su vida un mal versificador, un geómetra subalterno, quizás habría llegado a ser un gran fabricante de tejidos. No necesitaron maestros aquellos a quienes la naturaleza destinó a formar discípulos. Los Verulamio, los Descartes y los Newton, esos preceptores del género humano no los han tenido ellos mismos, y ¿qué guías, los hubieran conducido hasta donde los ha llevado su vasto genio? Maestros ordinarios tan sólo habrían podido limitar su entendimiento al encerrarlo en la estrecha capacidad del suyo. Con los primeros obstáculos aprendieron a hacer esfuerzos y se ejercitaron en atravesar el espacio inmenso que han recorrido. Si hay que permitir a algunos hombres entregarse al estudio de las ciencias y de las artes, es tan sólo a aquellos que se sientan con fuerza de marchar solos tras sus huellas y de superarlos. A este pequeño número corresponde elevar monumentos a la gloria del espíritu humano. Pero si se quiere que nada esté por encima de su genio, es preciso que nada esté por encima de sus esperanzas. He aquí el único estímulo que necesitan. El alma se adecua insensiblemente a los objetos que la ocupan y las grandes ocasiones son las que hacen a los grandes hombres. El príncipe de la elocuencia fue cónsul de Roma, y el más grande, acaso, de los filósofos, canciller de Inglaterra. Si uno hubiera ocupado tan sólo una cátedra en alguna universidad y el otro no hubiera obtenido más que una módica

ca pensión de la Academia ¿no se podría creer que sus obras se resentirían de su situación? Que los reyes no se nieguen a admitir en sus consejos a las personas más capaces de aconsejarles bien y que renuncien al viejo prejuicio inventado por el orgullo de los grandes, de que el arte de dirigir a los pueblos es más difícil que el de esclarecerlos, como si fuera más fácil inducir a los hombres a actuar bien de buen grado que obligarlos por la fuerza. Que los sabios de primer orden encuentren en sus cortes asilos honorables y que encuentran la única recompensa digna de ellos, la de contribuir por su influencia a la felicidad de los pueblos a los que hubieran enseñado la sabiduría. Tan sólo entonces se verá lo que pueden la virtud, la ciencia y la autoridad animadas por una noble emulación y trabajando de concierto para la felicidad del género humano. Pero mientras el poder está solo de un lado y las luces y la sabiduría, solas del otro, los sabios pensarán rara vez grandes cosas, los príncipes aún más raramente las harán hermosas y los pueblos seguirán siendo viles, corrompidos y desgraciados.

En cuanto a nosotros, hombres vulgares a quienes el cielo no ha concedido tan grandes talentos ni destinado a tanta gloria, permanezcamos en nuestra oscuridad. No corramos tras una reputación que se nos escaparía y que, en el estado actual de las cosas no nos rendiría nunca lo que nos hubiera costado, si hubiéramos tenido todos los títulos para obtenerla. ¿Por qué buscar nuestra felicidad en la opinión de los demás si podemos encontrarla en nosotros mismos? Dejemos a otros la tarea de instruir a los pueblos en sus deberes y limitémonos a desempeñar bien los nuestros; no necesitamos saber más.

¡Oh, virtud! Ciencia sublime de las almas sencillas, ¿son necesarios tantos esfuerzos y tanto aparato para conocerte? ¿No están tus principios grabados en todos los corazones y no basta para aprender tus leyes, entrar uno en sí mismo y escuchar la voz de su conciencia en el silencio de las pasiones? He aquí la verdadera filosofía, sepamos contentarnos con ella; y sin envidiar la gloria de esos hombres célebres que se immortalizan en la república de las letras, tratemos de poner entre ellos y nosotros esta distinción gloriosa que otrora se observaba entre dos grandes pueblos, uno de los cuales cabía decir bien y el otro, obrar bien.

#### Notas

<sup>1</sup> Se ve fácilmente la alegoría de la fábula de Prometeo; y no parece que los griegos que los han clavado sobre el Caucaso, pensarán de él más favorablemente que los egipcios de su dios Toth. "El sátiro, dice una antigua fábula quiso besar y abrazar el fuego la primera vez que lo vio; pero Prometeo le gritó: Sátiro, tú llorarás la barba de tu montón pues el fuego quema cuando se lo toca." Es el tema del frontispicio.

<sup>2</sup> Cuanto menos se sabe más se cree saber. ¿Dudaban los peripatéticos de algo? ¿No ha construido Descartes el universo con cubos y torbellinos? E incluso hoy mismo en Europa, ¿hay físico tan apocado que no explique con audacia ese profundo misterio de la electricidad que quizás haga por siempre la desesperación de los auténticos filósofos?

<sup>3</sup> Estoy muy lejos de pensar que este ascendente de las mujeres sea un mal en sí. Es un regalo que les ha hecho la naturaleza para la felicidad del género humano: mejor dirigido, podría producir tanto bien cuanto mal causa hoy. No se percibe lo bastante qué ventajas nacerían en la sociedad de una mejor educación dada a esta mitad del género humano que gobierna a la otra. Los hombres serán siempre lo que deseen las mujeres; si queréis, entonces, que lleguen a ser grandes y virtuosos, enseñad a las mujeres lo que es grandeza de alma y virtud. Las reflexiones que proporciona este tema, y

que Platón hizo en otro tiempo, merecerían ser mejor desarrolladas por una pluma digna de escribir conforme a tal maestro y de defender una causa tan grande.

<sup>4</sup> *Pens. Philosoph.*

<sup>5</sup> Así era la educación de los espartanos, según el más grande de sus reyes. Es, dice Montaigne, cosa digna de mucha consideración, que en esta excelente política de Licurgo, en verdad monstruosa por su perfección, tan cuidadosa de la educación de los niños como su tarea principal, y en el albergue mismo de las musas, se haga tan poca mención de la doctrina como si a esta juventud generosa que desdeña cualquier otro yugo, hubiera debido proporcionársele, en lugar de nuestros maestros de ciencia, sólo maestros de valor, prudencia y justicia.

Veamos ahora cómo habla el mismo autor de los antiguos persas. Platón, dice, cuenta que el hijo mayor de la sucesión real era así educado: Después de su nacimiento, se lo entregaba, no a las mujeres, sino a eunucos de la mayor autoridad ante el rey, a causa de su virtud. Ellos se encargaban de que su cuerpo fuera hermoso y sano, y después de siete años lo adiestraban en montar a caballo y en cazar. Cuando llegaba a los catorce años, lo depositaban en manos de cuatro: el más sabio, el más justo, el más temperante, el más valiente de la nación, El primero le enseñaba la religión; el segundo, a ser siempre veraz, el tercero a dominar su sensualidad, el cuarto a no temer. Yo agregaría, todos le enseñaban a ser bueno, ninguno a ser sabio.

Astiages, en Jenofonte, pregunta a Ciro por su última lección: En nuestra escuela, dice, un muchacho corpulento que tenía un traje corto se lo dio a uno de sus compañeros, más pequeño, y le quitó a éste el suyo que era más grande. Habiéndome nombrado nuestro preceptor juez de este diferendo, yo opiné que había que dejar las cosas tal como estaban ya que uno y otro parecían haberse acomodado mejor en este punto. A lo cual me reprimió que había hecho mal, pues me había detenido a considerar el bienestar y era preciso primero haber provisto a la justicia según la cual nadie debía ser forzado en lo que le pertenecía. Y dijo que fue castigado como se nos castiga en nuestras aldeas por haber olvidado el primer aoristo de *τύπτω*. Mi profesor me tendría que dirigir una hermosa arenga, *in genere demonstrativo*, antes de persuadirme de que su escuela vale tanto como aquélla.

<sup>6</sup> Considerando los trastornos espantosos que la imprenta ya ha causado en Europa, juzgando el porvenir por el progreso que el mal hace en corto tiempo, se puede prever fácilmente que los soberanos no tardarán en preocuparse tanto por desterrar este arte terrible de sus Estados, como lo han hecho para establecerlo. El sultán Achmet cediendo a las importunidades de algunas pretendidas personas de gusto, había aceptado establecer una imprenta en

Constantinopla. Pero no bien la prensa estuvo en marcha, fue necesario destruirla y arrojar los instrumentos a un pozo. Se dice que el califa Omar, al ser consultado sobre qué era preciso hacer con la biblioteca de Alejandría, respondió en estos términos. "Si los libros de esa biblioteca contienen cosas opuestas al Corán, son malos y hay que quemarlos. Si tan solo contienen la doctrina del Corán, también hay que quemarlos pues son superfluos". Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo de lo absurdo. Sin embargo, suponed a Gregorio Magno en lugar de Omar y el Evangelio en lugar del Corán, la biblioteca también hubiera sido quemada y su incendio acaso sería el rasgo más hermoso de la vida de este ilustre Pontífice.